

lones á lord Roberts á su vuelta del Transvaal, en pago de una campaña de algunos meses. Y no fué sólo el general el beneficiado en la guerra, también el oficial subalterno obtenía una cruz que aumentaba su escaso sueldo; el subteniente que sueña con batallas para ascender; el sargento que desea la guerra para tener derecho á un retiro ó á un empleo. En la holganza de la vida de guarnición, las imaginaciones trabajan con la idea de la guerra. En la instrucción, se despierta el interés y brillan los ojos de codicia cuando el sargento habla del derecho al botín y del reparto de lo tomado al enemigo. Nuestras grandes capitales ostentan con orgullo las riquezas que contienen sus museos, pero la adquisición de la mayor parte de esas obras maestras tiene una historia secreta conocida de los diplomáticos ó de los generales conquistadores.

De manera tan prosaica se explican las guerras modernas, y las antiguas no eran menos interesadas. Los cruzados, que partieron al grito de «¡Dios lo quiere!», pronto olvidaron su santo entusiasmo para cargarse de oro en Constantinopla ó hacerse ducados en Asia Menor.

Los Caballeros del Norte, marchando contra los Albigenses, gritaban: que iban á exterminar la herejía; pero en el fondo lo que querían aquellos buenos cristianos era saquear las opulentas ciudades del Mediodía.

También eran buenos cristianos los ricos plantadores de la América del Norte, que, después de haber despojado sistemáticamente durante un siglo las costas de Africa con sus feroces razias de esclavos, no vacilaron, durante la guerra de secesión de poner su patria á sangre y fuego para conservar la esclavitud, odiosa institución económica, pero aprovechable.

Con esa guerra de secesión nos hallamos en plena guerra contemporánea, viéndola afirmarse con brutal cinismo, como empresa lucrativa, en cuyo origen se descubren fácilmente las iníquas combinaciones del estadista concesionario, del contratista avaro ó del

hacendista usurero. Basta recordar los acontecimientos, sin tomarse la molestia de averiguar sus orígenes, para evidenciar su inmoralidad.

La guerra del opio, la fragmentación sistemática de Africa y de Asia, la guerra de Filipinas y la del Transvaal, la expedición á China, tal es el balance de un medio siglo de rapiña internacional, y por último la guerra ruso-japonesa que lanzó unos contra otros desde Vladivostock á Seoul flotas formidables y ejércitos de muchos miles de hombres, por razones de que apenas se habla al oído en las embajadas. ¿Había que procurar nuevos pedidos á las grandes sociedades mineras y metalúrgicas del Volga, que los enormes derechos del imperio reducen á la sola clientela interior ó, por mejor decir, gubernamental, y que la terminación del transiberiano amenazaba sumergir en el marasmo? ¿Había que asegurar á toda costa á un Bezobrazoff una inmensa concesión forestal en Corea, para agradar á la reina madre y á su dama de honor, interesadas en la empresa por muchos millones de rublos? Verdaderas ó falsas, he ahí las razones que alegan los que se tienen por bien informados cuando explican los modernos conflictos de los pueblos y de las razas.

¿Nos consolaremos pensando que la mayor parte de esas guerras malditas cuestan menos sangre, por no decir menos dinero, que las grandes guerras europeas de otros tiempos? Quizá, pero nótese que esta observación apoya nuestra tesis. Sí, las guerras del día son ante todo coloniales; porque en la actualidad más que nunca la guerra es un *negocio* cuyo activo y pasivo, á pesar de los incidentes imprevistos, pueden calcularse de antemano. Exterminando pobres salvajes, los pueblos civilizados no corren grandes riesgos y tienen segura una ganancia enorme, mientras que batiéndose entre sí, lo desconocido sería formidable y el vencedor se retiraría de la lucha tan debilitado como el vencido.

J. PRUDHOMMEAUX